

La apuesta

¡Cruz!, dije yo. ¡Cara!, eligió él.

Nuestra historia de desencuentros encontraría aquella noche su final, marcado por la moneda que un día fue de mis padres. Siempre supe que no me soportaba, que quería verme sufrir. Año tras año se aprovechó de mi actitud irresponsable y había ido quedándose con mi herencia. Esta era su última burla: una apuesta, si yo ganaba me devolvería lo arrebatado, si no, lo perdería todo. Lanzó la moneda al aire, la cogió y me preguntó con la sonrisa burlona que me dedicaba cuando me vencía. “¿Le doy la vuelta?, a veces nada es lo que parece”. “Sí”, contesté con la sensación de que había vuelto a equivocarme. Por una vez no fue así: vi la cruz brillando. Me entregó el sobre con los documentos, nuestra foto de niños y una nota: “Buena suerte hermano”. Y entonces vi la moneda. Tenía dos cruces.